

Del espíritu nacional

En las páginas anteriores no he consignado sino algunas causas, aunque sin duda las más directas, de la posición superior asumida por los Estados Unidos en América y de la importancia que van adquiriendo cada día en el movimiento del mundo civilizado. Leyes sabias que han atraído a su seno millones de extranjeros han producido en la población un aumento progresivo de que no hay ejemplo en ningún país del globo; este aumento de población, que se agita incesantemente en la superficie de su territorio, es la fuente inmediata de la cual se derivan su rica agricultura, su comercio, su crédito público, su engrandecimiento continuo.

Sería cansado presentar los cuadros estadísticos que se refieren a la riqueza de la república y que se pueden ver en multitud de libros que se encuentran en todas partes. Baste para dar una idea general del conjunto consignar el hecho de que su comercio aumenta en una proporción de diez a uno cada año, es decir, que se duplica en menos de diez años.

Cualesquiera que sean los defectos y las faltas que se echen en cara a los Estados Unidos, su prosperidad creciente, la rapidez [sin igual en la historia] con que ha elevado su poder, y el admirable modo con que están equilibrados el Gobierno Federal y el de cada Estado de la Unión, son hechos que se sobreponen a todas las acusaciones. De manera que al contemplar los resultados que producen cada día esas leyes equitativas y liberales, sancionadas cerca de un siglo, no se puede menos que confesar que las causas del mal que se encuentra en la república son secundarias y por consiguiente ineficaces para afectarla seriamente en su conjunto, cuando no sean extinguidas más tarde por la acción de ese mismo progreso que caracteriza a la Unión Americana.

Mi intención hasta ahora ha sido ocuparme exclusivamente de los rasgos comunes a todos los Estados que la forman para así presentar una

rápida síntesis de la nación y facilitar de este modo el paralelo que ofrece con nuestras naciones del Centro y Sudamérica. Por este motivo me he abstenido de algunas cuestiones, tales como la esclavitud que existe en el sur de los Estados Unidos, que son puramente locales y que, además, no encierran un interés tan directo y vital para nosotros, como el que contienen las instituciones relativas a la educación pública, la prensa, la tolerancia religiosa y otras. Sin embargo, diré algo de ellas a su tiempo.

Las causas de prosperidad pública mencionadas antes no son sino las que se refieren a la parte moral e intelectual del individuo porque las considero las más sólidas y duraderas; además porque sin ellas no existirían las otras, como la industria, el comercio, etc. Dejando, pues, para otra parte las segundas que son únicamente la manifestación material de las primeras, quiero trazar el carácter que éstas han impreso al pueblo de los Estados Unidos en general: es decir, voy a ocuparme del *sentimiento nacional*.

Mucho se ha escrito y más se ha declamado contra el carácter de los americanos del Norte; y aun las secciones de la América del Sur, especialmente el Perú, han tenido en varias ocasiones justos motivos de queja contra algunos ciudadanos de los Estados Unidos y aun contra su gobierno. Recuérdese, por ejemplo, la cuestión sobre las islas de Lobos, de que he hablado al principio de este libro. Sin embargo: algunos individuos no son todo un pueblo, ni la conducta errónea o injusta de un gobierno supone siempre que la nación esté de acuerdo con ella. Y en mi conciencia éste es el caso en los Estados Unidos.

El americano es celoso de su libertad en tal grado; sus leyes son tan severas cuando se trata de aumentar el poder del gobierno que esto forma un rasgo muy prominente del carácter de los Estados Unidos. Así, nunca se ve al Congreso revestir al gobierno, aun en las más graves circunstancias, de ese poder discrecional y absoluto que con el nombre de “facultades extraordinarias” ha sido tantas veces la ley de Sudamérica.

Para proteger sus fronteras, guarnecer los fuertes y sostener la guerra contra los indios, no hay más de 18 000 soldados que son todo el ejército permanente de los Estados Unidos, cuyo territorio es tan grande como el de la Europa que tiene ¡3 500 000 hombres sobre las armas!

El ciudadano de esta república se cree, con razón, el hombre más libre y mejor gobernado del mundo; desdeña todas las pomposas exhibiciones con que los restos del poder feudal, que se conservan todavía en Europa, y que procuran fascinar a las masas sumisas; se ríe de los títulos hereditarios y enaltece al mérito que se eleva por sí solo sobre el nivel de

la generalidad de los individuos: está seguro de que su nación, siendo la más libre, tiene que ser en breve la más poderosa; y confía en que más tarde podrá extender a todo el mundo las leyes a que él debe su elevación y su bienestar. Los Estados Unidos tienen la convicción, la fe, de que en la lucha de la libertad civil que ellos representan y la fuerza del poder representada en las monarquías de Europa, ellos tienen necesariamente que triunfar.

Así, aprovechan ávidamente cualquier oportunidad que se les presenta para dar a los tronos una lección, exhibiendo el mayor entusiasmo a favor de todas las empresas con que algunos hombres se han hecho ilustres, aun cuando el éxito no haya coronado sus esfuerzos por la libertad de su patria.

Cuando Kossuth, después de sostener una guerra heroica por independizar la Hungría, se vio vencido, prófugo, asilado en el territorio otomano, perseguido sin misericordia por la diplomacia de los monarcas, y sin patria ni protección; cuando la Europa cristiana parecía más encarnizada contra ese caudillo, gran orador y general valiente, inteligencia y corazón magnánimos; entonces los Estados Unidos, por el órgano de su Congreso, dirigen al glorioso proscrito un llamamiento y le ofrecen un asilo generoso, el amor de su pueblo y una patria digna de él. A su llegada a Nueva York y durante su travesía por los Estados, las poblaciones acudían en masa a vitorearlo y obstruían su paso por las ciudades: todas las clases de la sociedad, sin excepción, se apresuraron a darle la bienvenida por medio de diputaciones escogidas al efecto; las autoridades y las corporaciones le presentaban en todas partes el homenaje de su admiración y su simpatía y una comisión del Congreso recibió en la capital de la república al *huésped de la nación*.

Este hecho es harto significativo pero, por fortuna, hay otro mucho más reciente y que por recaer en un americano del sur tendrá mayor energía en el ánimo de las personas para quienes me he propuesto escribir estas páginas. Hablo de la conducta del pueblo de los Estados Unidos respecto del general D. José Antonio Páez.

Cuando este ilustre Venezolano, después de haber establecido con Bolívar la independencia y de haber elevado el crédito de su patria por medio de su rectitud a una altura de que no había ejemplo en los gobiernos que le precedieron, cayó víctima de la guerra civil, vio al fin en el destierro el término de la cruel persecución a que lo condenó el partido contrario y salió en busca de asilo en las playas de la Unión.

El general Paez fue recibido en Nueva York como lo fue Kossuth, como lo había sido Lafayette, y como lo serán todos los hombres verdaderamente gloriosos en la causa de las libertades públicas que pongan el pie en el suelo de ese país. Yo no he podido presenciar la entusiasta acogida que le hicieron varias poblaciones hace cerca de diez años; pero sí soy testigo ocular de las ovaciones públicas y oficiales con que se le honró al tiempo de su regreso a su patria en diciembre de 1858. Asistí a esa despedida conmovedora en que la nación que recibió con “¡hurra!” al proscrito, lo saludó con las mismas aclamaciones el verlo partir rehabilitado y triunfante; congratulándose por la prosperidad de un hombre a quien no la ligaría vínculo ninguno si el sentimiento de la libertad y de la gloria adquirida en su defensa no fuesen un vínculo tan poderoso entre los hombres no degradados por el despotismo ni desmoralizados por la discordia. Yo no olvidaré nunca este rasgo del carácter nacional de Estados Unidos.

Los extractos que siguen, tomados de un folleto escrito por la hábil pluma de D. Simón Camacho, dan exacta idea de la posición del general Paez en la opinión y el afecto de los Estados Unidos.

Un corresponsal del *Herald* escribió, con motivo del regreso del general Paez a Venezuela, el siguiente recuerdo de la escena de su primera llegada a Nueva York.

Vino proscrito a Nueva York, y por un feliz acaso el mismo que escribe hoy en el *Herald* la narración de su espléndido triunfo, escribió la escena triste del desembarco del héroe desterrado en nuestras playas. Triste no, porque el respeto que inspiraban su nombre y su historia hicieron reunir la milicia de Nueva York para recibir al valiente, y al corregidor y a las autoridades para acoger con entusiasmo al hombre grande. Ayer, después que el tiempo le ha hecho justicia, después que el desgobierno de la facción atroz y tiránica que lo expatrió, se desarrollara en toda su extensión, los comisionados del pueblo de Venezuela le han presentado el decreto de su Convención Nacional, que hace justicia a su carácter, reconoce sus servicios, lamenta las injusticias que con él se cometieron y le invita a retornar a la patria...

Las siguientes palabras son copiadas de una nota oficial del corregidor de la ciudad de Nueva York:

Siempre estuvo nuestro pueblo solícito por recibir cordialmente a los extranjeros distinguidos, y cuando el general Paez llegó expatriado a nuestro suelo recibió las atenciones que merecía como hombre eminente y patriota esclarecido. Después acordó el Consejo que se hiciese su

retrato para colocarlo en la galería del salón de los Gobernadores donde se encuentra actualmente.— Daniel F. Tienam

Véase, pues, a qué grado llegaron los honores con que acogió a un sudamericano ilustre ese pueblo a quien se supone entre nosotros insensible a todo estímulo que no sea el de la codicia y la violencia, como si algunos actos aislados de los gobiernos bastasen para calificar con justicia el carácter de un pueblo entero en todas las fases de su existencia nacional.

La sociedad de Nueva York hizo punto de honra compensar las penas de su distinguido huésped y resarcir la injusticia de su ostracismo con todos los cuidados, con las atenciones y el esmero de una amistad eso más valiosa cuanto ha sido más desinteresada. Señoras y caballeros se han disputado el placer de obsequiarle y, para emplear una expresión del siglo, lo han hecho el *león* de sus tertulias y sus fiestas. El pueblo angloamericano conoce al general Paez y le rinde homenaje de afecto donde quiera que lo ve.

En testimonio de gratitud por la benévola acogida con que fue recibido en Estados Unidos el “*ciudadano esclarecido*” de Venezuela, la Convención Nacional de esta república había dispuesto que la comisión enviada por ella a llamar al general Paez a su patria presentase sus acciones de gracias a diversas autoridades de los Estados Unidos.

En un convite dado por dicha comisión a la municipalidad de Nueva York se pronunciaron discursos que merecen reproducirse en Sudamérica, como expresión de los verdaderos sentimientos que se encuentran en la república de Norte. Estos discursos, no a nombre de un individuo, sino de diferentes clases de la sociedad, resumen la opinión pública y los votos de la parte más ilustrada e influyente de la nación. He aquí algunos.

El editor del *Irish-American*:

SEÑORAS Y CABALLEROS,

Como antiguo condiscípulo de los hijos del General Paez, me creo en el deber de tomar la palabra para ocupar por un instante vuestra benévola atención.

Gracias a la hospitalidad de los distinguidos ciudadanos, que en cumplimiento de la voluntad unánime del pueblo y del decreto agosto de la República que representan, acaban de rasgar de la espléndida historia del General José Antonio Paez la página de la sentencia inicua que lo desterró del país a quien su espada dio tantos triunfos, cuya tranquilidad aseguraron por tantos años su sagacidad y honradez y cuyo tesoro rico

y abundante supo conservar con crédito ante el mundo comercial gracias, repito, a la hospitalidad de estos distinguidos ciudadanos de Venezuela, nosotros ciudadanos de Nueva York, hemos tenido la feliz prerrogativa de presenciar uno de los más tiernos e imponentes actos de justicia nacional con que la historia haya jamás engalanado sus anales.

Venezuela al recobrar su libertad no ha olvidado, a pesar de la ausencia, al más ilustre de sus soldados, consejeros y estadistas. Fue en el día de triunfo su primer impulso identificarlo a él con el venturoso destino que, cual la luz en la prisión del Apóstol, bajó repentinamente para despedazar sus cadenas.

Pueden las naciones por éste o aquel motivo olvidar a sus bienhechores y a veces llegan hasta a calumniarlos y desconocerlos. Desde los tiempos de Aristides hasta nuestros días, ésta ha sido la lección más cruel que ha herido el corazón del patriotismo. A la verdad con tanta frecuencia se ha repetido y tan generalmente ha sido observada que, pese a nuestro republicanismo, acaso no encontramos un proverbio más familiar que aquel que atribuye a las repúblicas la ingratitud como un error inseparable de su constitución.

Con sinceridad y orgullo nosotros, ciudadanos de Nueva York, congratulamos a Venezuela por haber sido una de las primeras, tanto de las antiguas como de las modernas repúblicas, en contradecir aquella teoría aceptada, reanimando con inmortal ejemplo, cuanto hay de generoso, magnánimo, consolador y noble en las teorías y predicciones políticas del mundo.

Animados del mismo deseo, del mismo afecto, de la misma bondad generosa que ha demostrado la república de Venezuela en la presente ocasión, los comisionados, sus representantes y ejecutores de su soberana voluntad han hecho un grato recuerdo de todos los amigos que José Antonio Paez encontró en esta ciudad y cuyas simpatías y estimación en la época triste de su destierro fueron tan cumplidas y fervorosas como lo son ahora, en el brillante momento en que la nación a cuya independencia prestó mano fuerte su maravillosa bizarría, le pide que vuelva, con amor más exigente que el de la matrona romana, la valerosa Veturia.

¡Amigos generosos de su destierro, fieles guardianes y protectores del modesto albergue en que la contraria fortuna le obligó a buscar refugio durante los ocho largos años pasados! Los Comisionados de la Asamblea Nacional de Venezuela desean que vosotros, vosotros y yo y todos a una, señoras y caballeros, presenciemos la ceremonia por la cual se restituye a su país natal y al teatro de sus glorias al soldado ciudadano que después de Simón Bolívar, puede llamarse (y ¿qué título más noble para él?) el WASHINGTON de la América del Sur.

En retribución al grato obsequio que nos han dispensado propongo un brindis de copa colmada, a la salud y felicidad de los Comisionados por la Convención Nacional de Venezuela, deseándoles sincera y ardientemente seguro y plácido regreso a la patria en compañía de su ínclito huésped. Hagamos votos fervorosos para que el pueblo de Venezuela llegue a ser, con el tiempo y a despecho de enemigos, el más rico y dichoso, sosteniendo su independencia con las lanzas de sus Llaneros y aprovechando la brillante oportunidad de su última revolución para desarrollar sus espléndidos recursos.

El general Montgomery, quien cuando llegó el general Paez de su destierro salió comisionado junto con otras personas, por el pueblo de Filadelfia, para conducirlo al Capitolio de esta ciudad, dijo:

¡Cuán distinto de aquél es el día de hoy! Cuán distinto para el ilustre desterrado y mártir a quien nuestro pueblo acogía con lauros que eran una protesta contra la tiranía. Hoy su pueblo le aclama, en reparación de aquella ofensa, le aclama lo que él es, lo que nunca dejará de ser: el Ciudadano esclarecido de Venezuela. Nuestra amistad por el hombre, nuestro entusiasmo por el guerrero y nuestro respeto por el virtuoso republicano le han conservado muchos años como un depósito sagrado, y hoy lo devolvemos fuerte, vigoroso, enérgico y versado en nuestras costumbres, nuestras leyes, nuestras instituciones y nuestra fe en el progreso y triunfo universal de los principios republicanos. Lleváoslo, Señores Comisionados, para que implante en vuestro país los gérmenes de grandeza nacional que ha recogido entre nosotros; y si algún día nos recordareis, él y vosotros, que sea para estar seguros de que tenemos siempre dos brazos y un corazón para recibirlo y albergarlo bajo la ancha sombra de la bandera de las estrellas.

Un ¡hurra!, repetido tres veces [*three times three*] en honor del “*ciudadano esclarecido*” de Venezuela, coronó el discurso del general Montgomery, que causó profunda sensación en la concurrencia.

El presidente de la Comisión Venezolana pronunció este bello discurso:

SEÑORES:

Venezuela jamás olvidará la espléndida recepción que hicieron los Estados Unidos al General J.A. Paez, porque la considera como prueba de una amistad que todos debiéramos fomentar por interés común. Hermanados de los pueblos por sus instituciones, habitantes de un continente que encierra el porvenir del mundo, sosteniendo ambos la causa de la libertad, —sus simpatías son naturales y debieran consolidarse cada vez más. Los Estados Unidos dieron a los pueblos de América el ejemplo y el

estímulo para ser independientes, se apresuraron a reconocer su nacionalidad, aplaudieron su incorporación en la gran familia, y después, por medio de la prensa y por actos que están grabados en nuestro corazón, alentaron a los sinceros republicanos de la América antes española y avergonzaron a sus ignorantes opresores. (*Oíd! Oíd!*)

Algo falta sin embargo por hacer; no basta el ejemplo, el estímulo y la justicia de los fallos. Es indispensable, señores, el ejercicio de una influencia tanto más legítima cuanto que no se apoya en la fuerza, sino en la multiplicación de los cambios, en el cultivo de las artes, en la reproducción de la industria, en el comercio, finalmente, de cuanto sobra en los Estados Unidos y falta en Venezuela. (*Aplausos.*) En el comercio de ideas, sobre todo, para extender y fortificar el espíritu del gobierno propio y de la regeneradora civilización de la democracia; para poner diques a la influencia de las monarquías a la tutela de los pueblos de Europa. (*Estrepitosos aplausos.*) Que la América española repudió y que hoy sólo existe a falta de otro elemento con que satisfacer las necesidades de pueblos que no son todavía productores. Esa tutela, señores, bien cara la paga la América del Sur, y la misma Venezuela ha probado recientemente que el honor, el valor y la justicia no son las solas cualidades que hacen fuertes a los pueblos. (*¡Bravos!*)

Somos allí todos republicanos y demócratas, iguales ante la ley y libres por ella sin distinción de raza ni color. (*Estrepitosos aplausos.*) Durante 18 años supimos vivir, como vosotros, sin ejército permanente y dejamos para siempre fundadas la libertad de conciencia, la abolición de los conventos, la soberanía de la prensa y cuantas franquicias son justamente debidas al ciudadano.

Tales elementos, señores, grandes y progresistas, fecundos en bienes bajo los auspicios de un gobierno leal a sus juramentos, vosotros, ciudadanos del Norte, primeros fundadores de las prácticas constitucionales, estáis llamados a difundirlos y extenderlos eficaz aunque indirectamente, de acuerdo con lo que propuso vuestro Presidente Monroe en un raptó de inspiración divina. (*Redoblados aplausos.*) Como todos los grandes pensamientos de la civilización, el suyo se adelantó a la época en que habría de realizarse. Así se adelantaron las palabras de los Apóstoles que predicaron la regeneración del mundo por medio de la revolución que haría el cristianismo. (*Aplausos.*)

Pero es llegado el tiempo de la profecía en el continente americano, y a vosotros, ejecutores de la gran obra, os toca empezar la conquista pacífica del republicanismo verdadero con la fe de misioneros predestinados. (*Hurra! Hurra! Hurra!*) El campo está preparado para recibir la semilla y tanto más fácil la obra, SS., cuanto más dispuesta y empeñada será la cooperación de vuestros correligionarios en política. Los hijos del sur

saben muy bien que vosotros no empuñáis el sable de Mahoma para regar con sangre el camino del progreso. Sepan también que vuestros cañones sólo sirven para proteger a vuestros barcos mercantes contra la intrusión y la piratería, vuestros buques de guerra para sumergir cables telegráficos y para restituir a su patria a los infelices que la misma infame avaricia robó para condenarlos a la servidumbre. (*Frenéticos aplausos que interrumpen al orador.*) Ellos saben que vuestros ingenieros no han construido jamás ciudadelas, pero son habilísimos para echar esas líneas que corren apareadas en busca del progreso universal. Saben que no forjáis cadenas, porque os falta hierro para fundir rieles. (*Hurra! Hurra!*) La aparición de vuestros vapores no inspira alarma en las poblaciones de la orilla del mar, ni ante el penacho de humo de sus chimeneas corren a ocultar sus barquichuelos los pescadores que trafican en las costas. (*Aplauso prolongado.*)

Señores, en los pueblos sudamericanos vuestros pueblos se conoce por antonomasia como “pueblo libre” y vuestra república se llama “la república modelo”. (*El orador no puede continuar porque se lo impide de una salva de aplausos.*)

¿Por qué fatalidad no sacáis partido de tanta influencia moral haciéndola efectiva en hechos dignos de vosotros? ¿Por qué no nos enviáis la inmigración que ya no queréis? ¿Por qué no vais a recoger la cosecha opima de frutos que rinde la tierra sin esfuerzo? ¿Por qué no vais a darnos de cerca el ejemplo de la obediencia a la ley que os salva en todos vuestros conflictos? (*Oíd! Oíd!*)

La Casa Blanca debiera ser el cuartel general de donde saliesen los misioneros de la libertad y del verdadero americanismo para derramarse por todo el mundo de Colón. Enviad desde allí a ciudadanos de la libertad y de la ley, no medianas egoístas que se adunan con los opresores y sus banderas mezquinas. (*Aplausos.*) Enviad a vuestros más ilustrados hijos a la América del Sur, a los países en que vuestra civilización americana, la de la democracia, y el vapor, y el ferrocarril, y el telégrafo, —la civilización (permitidme definirla) Yankee, está llamada a formar un orden de cosas que ha de regenerar al mundo. (*Frenéticos aplausos.*)

Dije al principio, señores, que Venezuela jamás olvidará la espléndida recepción que dieron los Estados Unidos al general Paez, como el primer antecedente de una amistad que todos deberíamos fomentar. Que la Unión toda siga ejemplo magnánimo que le dieron vuestros actos generosos de 1850, cuando el águila americana cubrió con sus alas al Ciudadano esclarecido de Venezuela, —actos cuyo grato recuerdo me inspira hoy este brindis:

“LA CIUDAD DE NUEVA YORK METRÓPOLI DE LOS ESTADOS UNIDOS”.

Después de estas palabras, el corregidor contestó lo siguiente:

SEÑOR PRESIDENTE Y SEÑORES!

Doy las gracias por la ciudad de Nueva York a la que se obsequia con las expresiones de bondad que acabáis de oír, y os ruego me creáis que son altas y dignamente apreciadas, no sólo por las autoridades sino por el pueblo que representan. Entre las repúblicas de Sudamérica ninguna ha conquistado el afecto de esta ciudad y de este país en más alto grado que la república de Venezuela. (*Aplausos.*) Durante la larga lucha, fecunda en acontecimientos, que sostuvo por su independencia cuando el ejército libertador era mandado por el hábil y distinguido capitán, que hoy venís a buscar en nombre de la Convención Nacional para llevarlo otra vez a su patria, nuestro pueblo siguió con ansiosa solicitud los esfuerzos que Venezuela hacía para alcanzar su libertad, y se alegró con entusiasmo al saber que había logrado sacudir el yugo que por tan largo tiempo la había tenido avasallada. No solamente Nueva York sino el pueblo entero de este país era movido por la simpatía que inspiraban vuestras campañas; los más notables y patriotas diputados en nuestro Congreso pusieron a contribución su elocuencia en favor de Colombia y Venezuela, de Bolívar y Paez, sus valerosos y brillantes paladines que aspiraban a colocarlas en el número de las naciones del mundo. (*Aplausos.*)

Pero así como aplaudimos la bizarría de vuestros Generales y las proezas de vuestros ejércitos que conquistaron las libertades del país, lamentamos el día en que la anarquía esparció su maléfica influencia en vuestra hermosa patria y lanzó de ella a uno de sus mejores y más amantes hijos. Entre éstos se encuentra el honrado y eminente jefe y hombre de estado, cuya espada os abrió el camino de la libertad y cuyos talentos guiaron a Venezuela en su trato con las demás naciones. Aquí vino, señores, expatriado, pero no desconocido para nosotros. (*Oíd! Oíd!*) Sus hechos y sufrimientos por la causa de la libertad de Venezuela y por la independencia de Sudamérica eran bien sabidos por nuestro pueblo que le dio una bienvenida tan sincera como justa. (*Aplausos.*) Nuestra patria ha estado siempre dispuesta a recibir con los brazos abiertos a los expatriados por amor a la libertad, y Nueva York ha dado constantemente pruebas de esa hospitalidad a que está llamada en su calidad de metrópoli comercial de la América libre. Sus bajeles mercantes blanquean con sus velas la superficie de los mares, su comercio se desparra- ma por todos los puntos de la tierra y difunde entre las demás naciones las ideas de libertad constitucional de nuestro país, así como enseña que su inmensa bahía es seguro refugio para los infelices y para los desterrados de todas las naciones. (*Estrepitosos aplausos.*)

Procediendo justa y honrosamente vuestra Convención Nacional ha abrogado la inicua sentencia que pesaba sobre su eminente patriota, y hoy es de nuevo el primer ciudadano de Venezuela con pleno goce de todos sus grados, condecoraciones y bien merecida fama. (*Estrepitosos aplausos.*) Durante su residencia entre nosotros como desterrado, se ha conducido cual cumplía a la elevada posición de quien un tiempo fue Presidente de Venezuela. Honrado y estimado por sus talentos, respetado y amado por sus virtudes, ha sido, señores, uno de nuestro mismo pueblo. Rico en la ciencia del gobierno libre que ha visto en práctica eficaz entre nosotros, ojalá que redunde en bien de Venezuela la experiencia que lleva, para que guiada por sus consejos y dirigida por su prudencia, se levante de nuevo a la altura que merece como nación grande, gloriosa y libre entre las naciones! (*Repetidos aplausos.*)

Bajo este aspecto el pueblo de Nueva York considera el proceder de vuestro gobierno como feliz augurio de esperanzas para lo futuro porque al borrar de la frente del patriota la injusta mancha con que se le ultrajara, y al llamarle otra vez a su patria, ha probado que las repúblicas sudamericanas no carecen ni de la inteligencia, ni de la gratitud, ni de las virtudes públicas que son el pedestal de la libertad republicana. (*Aplausos.*) Con una constitución sabia y un gobierno adecuado las repúblicas de la América del Sur pueden llegar a ser tan libres, prósperas y felices como cualquiera otra nación del mundo. La literatura y jurisprudencia que ellas heredaron de la madre patria, son obras tan sobresalientes del talento como las de cualquier otro país. España e Italia conservaron la antorcha de la antigua elocuencia y de las artes que transmitieron a los tiempos modernos, y las leyes de Alonzo el Sabio y las obras inmortales de Lope de Vega y de Cervantes viven para admiración del mundo. (*Aplausos.*)

El ejemplo de nuestra patria, señores, prueba que no sólo Venezuela sino todas las repúblicas sus hermanas pueden alcanzar el mismo fin, puesto que Luisiana la española, y Florida, su hermana gemela, lucen con no menos esplendor que los demás Estados en la brillante constelación de la república; tan leales y apegadas a nuestro federalismo, tan bien administradas como los demás Estados, con su libertad, sus bienes y su gobierno tan bien protegidos como ellos. A la luz de esas estrellas resplandezca la esperanza de Venezuela! (*Hurra! Hurra!*)

Entre con pie firme en el camino de la gloria como precursora de la regeneración de Sudamérica libre. Rica en las producciones de las zonas tropical y templada, con montañas llenas de inagotables veneros de metales y piedras preciosas, entapizado el suelo con infinita variedad de frutos y granos, con ríos magníficos que bajan al mar después de haber recorrido la ancha tierra desde el corazón de sus montañas; pero más rica

aun en proezas y gloriosas memorias, más rica por tener hijos como los que ahora vuelven a su seno, Venezuela puede, bajo un gobierno hábil, hacerse con su ejemplo y recursos el núcleo de una confederación que sea tan libre, tan grande y tan feliz en la América del Sur como lo es nuestra Confederación independiente de la América del Norte. (*Aplausos.*)

En nombre de la prensa de Nueva York, el señor James Brooks, editor del *Express*, pronunció este brillantísimo discurso:

SEÑOR PRESIDENTE Y CABALLEROS, o en vuestro idioma más expresivo, señores y amigos: Con júbilo me levanto a contestar este brindis y con tanto mayor júbilo cuanto que la novedad de este acontecimiento es verdaderamente inspiradora. Presenciamos no sólo la novedad que ha hecho resaltar el General Sanford, de una república que no es ingrata, sino también la novedad de una república sudamericana que manda a buscar en triunfo a un ilustre desterrado a quien el fanatismo o una pasión transitoria arrojó del suelo patrio. La ceremonia, la bienvenida, el adiós, esta fiesta, todo inspira sentimientos y estrecha con mayor fuerza y afecto los lazos naturales que siempre deben ligar en este hemisferio a las repúblicas del sur y del norte.

Separados como están nuestros gobiernos de las monarquías de Europa, siendo las únicas repúblicas de la tierra, natural es, no más que natural, que nos estimemos, amemos y abracemos mutuamente; porque cualesquiera que sean nuestras relaciones comerciales con las monarquías, éstas han de ser por siempre enemigas nuestras, como nosotros de ellas; no enemigas en el sentido lato de la palabra, sino enemigas por el contraste de las respectivas instituciones que a unos y otros nos rigen. (*Aplausos.*) Por eso digo a nombre de la prensa, mi profesión, y a nombre de las demás profesiones, que nos alegramos de que estéis aquí, por lo que estáis aquí, y os damos el parabién con el alma y el corazón. (*Aplausos.*) Os alargamos la mano como a compañeros y cuando os llevéis al desterrado, vuestro amigo y nuestro amigo, tened presente que si para vosotros es una gloria poseer un hombre de su talla, para nosotros lo es haberle presentado la oportunidad, durante su permanencia aquí, de estudiar la libertad y la ley, como nosotros las entendemos y como nuestros venerados padres de la revolución nos las entregaron con propia mano. (*Aplausos.*)

Muy agradable para nosotros en esta ocasión de canjear pensamientos, opiniones y palabras con la América española, y eso más agradable por lo raro de su ocurrencia. Pues por más orgullo que sintamos por nuestra raza anglosajona, jamás dejamos de reconocer la grandeza histórica de la raza española. Nuestros mayores, que desembarcaron en la Roca de Plymouth y en Jamestown, fueron a la verdad grandes hombres.

Recorrieron las islas de Massachusets, fueron a Connecticut y por el Hudson y el Mohawk, a los Grandes Lagos, al río James, a los montes Aleganis y a las aguas del Kanawha y el Ohio, y creyeron que habían hecho maravillas, que las hicieron! Pero vuestros mayores, hispano-americanos, cuya sangre circula en vuestras venas, ¿qué hicieron? Desde la Florida y la Luisiana hasta el río de la Plata en el Atlántico y desde Chile hasta California en el Pacífico! Dios jamás formó una raza de hombres más valientes que la de aquellos que salieron de Castilla y Aragón. Inspirados por la más alta idea de la caballería, atravesaron la tierra caliente por el centro de sus chaparrales, cruzaron los valles y caudalosos ríos, treparon a lo más alto de las cordilleras y desde su cima contemplaron el Pacífico, como las águilas desde su nido, con admiración, no con terror. No los detuvo la barrera de las montañas, ni el torrente, ni el río. Consagrados a su Dios y a su rey tremolaron por todas partes, desde Patagonia hasta California, la invicta bandera de la vieja España. Cortez con un puñado de hombres hizo frente a las huestes de Montezuma y los hasta entonces invencibles aztecas cayeron el bote de la lanza del hidalgo. (*Aplausos.*)

Hasta nosotros mismos anglosajones de Norte América a la vieja España debemos el descubrimiento de este suelo que pisamos. (*Prolongados aplausos.*) La raza es pues augusta, la sangre es sangre que debe tenerse con orgullo y también nosotros, progenie de los puritanos, les debemos su espíritu de empresa, su energía y caballerosidad. (*Aplausos.*)

Dichoso yo, muy dichoso que a nombre de mis compañeros de profesión y de otras profesiones, puedo daros la bienvenida como republicanos y deseáros el patrocinio celestial en la gloriosa misión que os conduce a nuestro suelo! (*Prolongados aplausos.*) Grave error es sin duda el que a menudo incurren los hispanoamericanos cuando creen que nuestra nación les es hostil; y ciertamente nace ese error de las salidas desautorizadas y piráticas de los filibusteros que no teniendo ocupación en este país invaden a los hispanoamericanos para vivir de ellos. Pero creedme, señores, que la gran masa de nuestra población no tiene en ello más responsabilidad que la que podríais tener vosotros mismos por los robos cometidos por bandoleros en vuestros caminos o en la aspereza de vuestras montañas. Si sus jefes son norteamericanos, sus filas se componen de extranjeros. Creo que interpreto bien la opinión general del país, la opinión conservadora, al asegurar que el pueblo se ha alegrado siempre y se alegra hoy al ver que desde la época de Miranda hasta la de Walker, los hispanoamericanos por sí solos y sin ayuda extraña han sabido destruir y castigar las ilegales expediciones de filibusteros. (*Aplausos.*) No digo que no deseemos conquistarlos, y aun vencerlos, pero no con las armas, no con la bayoneta, la espada ni el cañón, sino como

ambiciona el espíritu americano la conquista del mundo por medio de las artes de la paz. (*Aplausos.*) Tratamos, si podemos, de transportar vuestras producciones bajo nuestra bandera. La quilla será nuestro cañón. Tratamos de hacer, si podemos, mucho de vuestro comercio y vuestro tráfico. Queremos mandar, si se nos permite, a nuestros ingenieros para explorar vuestras minas, para recorrer vuestros ríos, para triangular vuestros valles y buscar en vuestras montañas los desfiladeros mejores para que pasen nuestras locomotoras. (*Aplausos.*) Pretendemos haceros, si podemos, súbditos en las artes de la paz, porque ésa es la verdadera gloria angloamericana y nuestra verdadera ambición. De veras que pretendemos abarcaros y anexaros a nosotros... pero dejando vuestro gobierno al cuidado de vosotros. (*Aplausos.*)

Cabezas poco reflexivas imaginan que no es posible la conquista de otras naciones sino por medio de las armas; pero se equivocan porque en este siglo las artes y no las armas gobiernan el mundo. ¿Qué podemos hacer, por ejemplo, contra 500 000 hombres que tiene la Francia sobre las armas, o contra las huestes apiñadas de hunos, bohemios e italianos que guardan el imperio poderoso de Austria? ¿Qué haríamos contra las escuadras, señoras del mar, que tiene Albion, ni cómo llegaríamos a las fronteras de los prusianos sobre el Rin o sobre el Elba? Nuestros soldados son valientes y nuestra pequeña escuadra tan resuelta como pudiera desearla cualquier hombre; pero no somos una nación de soldados y la guerra es para nosotros una excepción, no una vocación. (*Aplausos.*)

Sin embargo, creemos que estamos llamados a conquistar y dominar, más o menos, a todas las naciones de la tierra. El zurroneo irlandés que escribe una carta a su casa en Liffy o Shannon diciendo lo que le produce su trabajo y la libertad de que goza; el teutón que borraja un papel informando a su antiguo vecino del Elba a del Weser o del Danubio, lo que come, lo que viste, cómo vive, qué hace cada uno de ellos es un revolucionario en su patria, un propagandista de la libertad. (*Aplausos.*) El sucio pedacito de papel que no necesita de pasaporte, ni lleva en sus pliegues ninguna máquina explosiva, es un instrumento de revolución más poderoso que toda la artillería que Mazzini ni otro revolucionario alguno pudiera reunir. (*Aplausos.*)

Es pues con nuestras bien arregladas instituciones, con nuestros excelentes contratos, con la magnificencia de nuestros hechos, de nuestras hazañas civiles que estamos llamados a conquistar el resto de la humanidad. El republicanismo tiene por la fuerza que desarraigar a la monarquía, demostrando, como entre nosotros sucede, que los hombres no necesitan de intervención hereditaria para establecer un gobierno eficaz, feliz y próspero. Si nuestros amigos de la América del Sur toman ejemplo de las lecciones que Washington, Franklin y Mádison nos legaron, pronto las

republicas hispanoamericanas con las naciones latinas del antiguo mundo, lo que estamos nosotros haciendo con los sajones, anglosajones y teutones: enseñándoles lo que es gobierno propio, pues que nos gobernamos a nosotros mismos.

Dos cosas, señores, son, sin embargo, necesarias para mantener el gobierno propio, y desisto de todas mis observaciones volanderas no preparadas de antemano, para el brindis que intento proponer a mis amigos de Sudamérica. Esas dos cosas son la libertad y la ley. La libertad sin la ley es licencia y la ley sin la libertad despotismo. Ningún don del cielo puede comparárseles cuando obran de consuno en bien de la humanidad como dos hermanas gemelas; ni mayor desgracia puede afligir al hombre cuando cada una de ellas va descarriada por su cuenta. (*Aplausos.*) Ni más ni menos que la efervescencia de los vasos de champaña que tenéis por delante, sin el contrapeso necesario de las viandas, es la espuma o la escoria de la libertad sin el ancla salvadora de la ley; pero así también lo que la inspiración del champaña en nuestro banquete, es la libertad apareada con la ley. El verdadero problema de la sociedad consiste en contrabalancear la una con la otra manteniéndolas ambas en proporciones regulares. El calor de los climas tropicales, la ebullición de la sangre, la brillantez de la imaginación que se despierta a la vista de la naturaleza, de la vegetación lujosa, del sol abrasador, hacen soltar demasiado, por desgracia, las riendas a la libertad; pero acordaos, amigos, que todo el secreto de nuestro buen gobierno del norte consiste en nuestra obediencia a la ley. Permitidme, por tanto, formular este pensamiento: LA LIBERTAD Y LA LEY, HERMANAS GEMELAS CUYA COEXISTENCIA ES INDISPENSABLE EN UN GOBIERNO REPUBLICANO. LA MUERTE SEGUIRÁ INEVITABLEMENTE AL SEPARARSE LA UNA DE LA OTRA.

Un prolongado aplauso acogió el brindis de Mr. Brooks y el presidente propuso el sexto brindis.

Del discurso del juez Daly son estas palabras:

No preguntéis, dijo, al hombre entusiasta la opinión que le merece nuestro huésped, el general Paez; preguntádselo al juez severo que juzga, no por lo que él sabe personalmente, sino por “lo que resulta de los autos” y os contestará, como yo os digo, que no hay ningún hombre vivo con más títulos a la inmortalidad, esa memoria de los pueblos, que el General que nos honra con su presencia. (*Aplausos.*) Su carrera ha sido tan romántica que parece fábula ingeniosa más que verdad, y su patria, al hacerle justicia, sólo ha obrado en favor suyo propio para reconquistar un nombre que se iba hundiendo, mientras que el del proscrito iba enaltecándose cada vez más con el ostracismo inmerecido. El General

Paez, muerto en el destierro, habría sido elevado a la categoría de los hombres que Roma llamó semidioses. (*Aplausos.*) Hoy no sé cuál será su porvenir; pero cualquiera que sea merecerá siempre el respeto de su patria. (*Prolongados aplausos.*)

El honorable Mr. Barringer, miembro del Congreso y del Cuerpo Diplomático, habiendo sido presentado al concurso, se expresó en estos términos:

SEÑORES:

Por casualidad me encuentro en Nueva York y a mucha honra tuve que mi mejor amigo me presentase a los huéspedes ilustres de Venezuela. (*Aplausos.*) Pero mi discurso no estaba en el programa y ha sido una traición de la amistad el exigírmelo. (*Risas.*) Se me ha presentado como miembro del Congreso y del Cuerpo Diplomático y de las dos culpas me reconozco pecador. (*Grandes risas.*) Tuve el honor de pertenecer al congreso cuando era ése un honor. (“Voces”: ¡*Así es!*) Fui representante del país en el extranjero y representé fielmente a todos y cada uno de los partidos. (*Aplausos.*)

Pero se me ha enmohecido el hábito de hablar en el congreso y en la corte; guardaría silencio si no fuese porque los pensamientos brotan en presencia de ese hombre simpático y valiente que renuncia la ciudadanía que le habíamos regalado en los Estados Unidos (aplausos), para volver a la patria con quien cambió gloria propia por independencia suya. (*Aplausos.*)

Quiere volver a pisar los campos en que sostuvo la guerra por la libertad. ¡Y qué guerra! Dos veces más larga y cien más cruel que la de nuestra misma independencia. Y, ¡qué campeón! Siempre en la más ardua empresa y el primero en la línea. (*Aplausos.*)

Con júbilo, señores, al hablar de la guerra, aplaudo la circunstancia de ver entre nosotros y en la misma mesa que el General Paez, al General Austria que también recogió laureles en los campos de batalla, así cuando los pueblos batallaban por su independencia, como cuando cimentaron la libertad con leyes cívicas, sorprendentes en un militar. [*Grandes aplausos.*] Un guerrero lleva a otro a su patria —compañeros de hazañas gloriosas. (*Aplausos.*)

Amémoslos, señores, porque pertenecen a un país de grandes virtudes hijas de la gratitud. (*¡Aplausos y bravos!*) Virtudes que demuestran el instinto popular más puro y más enaltecido. Fui el primero que recomendé las legaciones en la América del Sur como el medio más eficaz de unirnos más prontamente a los pueblos con los cuales tenemos más afinidades y más comunidad de intereses. (*Aplausos.*) Esta reunión, señores, es doblemente grata para mí, y no sé al ver el resultado, sino dar

gracias al cielo por el destierro del General Paez; que tan inopinadamente ha venido a ofrecer motivo, muy justo y muy plausible, para estrechar las relaciones de los pueblos (*aplausos*); no porque yo crea que Venezuela podrá ser nunca una dependencia de la Unión, ni porque ilustrado ciudadano a quien celebramos, alimente tales ideas sino porque por su medio y con su ejemplo y consejos Venezuela aprenderá de una manera indudable que la Unión es su amiga, su aliada y el mejor sostén que puede escoger en su carrera entre las naciones.

Propongo, Señores,

La libertad y prosperidad de Venezuela y el desarrollo de su grandeza material bajo los auspicios de su futuro Presidente el General Paez. (*Tremendos aplausos.*)

El Secretario de la Marina, el honorable Mr. Isac Toucey, manifestó al general Paez que tenía órdenes del Presidente para poner a su disposición un barco de guerra que lo condujese a Venezuela con la Comisión y todos los venezolanos desterrados. Díjole además el Secretario que el Presidente le hacía esta oferta con tanta mejor voluntad cuanto que había recibido solicitudes al efecto, de las autoridades y corporación de Nueva York, de un respetable número de comerciantes y propietarios de la metrópoli, y de la prensa toda del país que había acogido el pensamiento como verdaderamente nacional.

Es justo y agradable, añadió el ministro, que nuestra bandera acompañe hasta Venezuela a aquél a quien nuestro pueblo ama.

Las atenciones del gobierno no han tenido límites; señalado el vapor “América” para conducir al general Paez y a la Comisión y habiendo informado el comodoro del apostadero de Brooklyn que tardaría siete semanas en estar listo, apenas lo supo el gobierno cuando dispuso que en el lugar del “América” se prepararse para el viaje a Venezuela los vapores “Atlanta” y “Caledonia” que se hallaban al ancla en el arsenal marítimo de Brooklin.

El gobierno quiere (dijo el Secretario de la Marina) que nuestra armada conduzca al General Paez y a sus amigos a todo trance, y allanará todos los inconvenientes. ¡Qué magnífico espectáculo será para Venezuela y para las demás repúblicas sudamericanas el de la llegada de nuestros vapores a la Guaira con el ilustre General a su bordo!

En la ciudad de Filadelfia que, en 1850, recibió al proscrito general con regocijos y fiestas públicas, tuvieron lugar iguales escenas e idénticos discursos que sería muy largo reproducir.

Una vez cumplidos sus deberes de gratitud del modo mencionado ya, y después de haberse despedido del gobierno federal y de las ciudades de Nueva York y Filadelfia, el general Paez se preparó a partir para su patria; y tan luego como fue fijado el día de su embarco, el Mayor General de la milicia de Nueva York expidió la siguiente orden general:

CUARTEL GENERAL DE LA PRIMERA DIVISIÓN DE LA MILICIA
Nueva York, Nov. 22 de 1858
ORDEN GENERAL N.º 12

Habiendo destinado el Gobierno de los Estados Unidos los vapores *Atlanta* y *Caledonia* para conducir al ilustre general Paez, Presidente que fue de Venezuela, y a los Comisionados de aquella república en su vuelta al país natal, se verificará su embarco en *la Bateria* el sábado próximo 27 del corriente a las dos de la tarde.

Esta división, que recibió en triunfo al valiente veterano cuando llegó desterrado de la patria cuya independencia había afianzado, se alegrará por su honrosa y triunfal restauración.

Se destaca para servir de guardia en esta solemne ocasión la caballería de la primera brigada con la tropa montada de la segunda, tercera y cuarta brigadas y una batería de artillería volante del Cuarto regimiento, al mando del Brigadier General Spicer.

La guardia formará línea en la *Quinta Avenida* (acera del Oeste) con el ala derecha hacia la calle 26, a las doce del día.

El saludo al acto del embarco lo hará la batería del cuarto regimiento, cuyo comandante pedirá las municiones necesarias para el cumplimiento del detalle.

A los oficiales generales, de campo y estado mayor que no estén de servicio, se les invita para que se incorporen con el Mayor General en la plaza de Mádison, de riguroso uniforme y a caballo, a las doce y media del día, para marchar con la guardia.

De orden del Mayor General.
CHARLES W. SANDFORD

H. SANFORD
Inspector de la División

Después de tantos y tan desinteresados testimonios de afecto y entusiasmo dados públicamente a un americano del Sur: ¿qué podemos decir de las pinturas que se han hecho y se hacen diariamente hasta la saciedad para hacernos odioso el carácter de los Estados Unidos?

Aunque he tenido que ocupar bastante espacio en la exposición de los sentimientos que se han expresado enérgicamente en la Unión, res-

pecto de algunos hombres ilustres, séame permitido añadir algunas palabras sobre el mismo asunto.

Los honores tributados a esos personajes tienen una significación elevada: son manifestaciones de amor a un principio, la libertad. El pueblo americano ama la gloria en todas sus fases, y la ama apasionadamente; pero tiene el buen sentido de dar el primer lugar entre las acciones gloriosas a aquellas que destruyen una tiranía, enaltecen la libertad, civilizan y hacen próspero a un pueblo. Este culto por la libertad del hombre es casi un fanatismo; y existe, no en los escritos oficiales ni en las manifestaciones elaboradas de los escritores, sino en el verdadero corazón de todo el pueblo.

Cuando Orssini fue decapitado en París, apenas se recibió la noticia de su suplicio en los Estados Unidos se vio en casi todos los Estados, y en las ciudades más notables, procesiones compuestas de miles de personas recorrer las calles tributando un homenaje de admiración al hombre que habría intentado destruir un gobierno despótico.

La transmisión del primer mensaje que se hizo por el cable Atlántico fue celebrada con un entusiasmo indescriptible. La gran ciudad se engalanó como en las más extraordinarias ocasiones y una concurrencia de medio millón de individuos aclamaba a la luz de las antorchas el triunfo de la ciencia y de la civilización. Para los americanos el cable telegráfico que los ponía en contacto con Europa era un arma que difundiendo en ese continente sus ideas les facilitaba el triunfo en su cruzada contra las monarquías.

Los Estados Unidos se creen destinados a difundir la república y la democracia por todo el mundo: he ahí por qué se empeñan en excluir a las naciones europeas del dominio en nuestro continente y por qué la doctrina de Monroe es popular en la Unión. Para realizar el predominio del principio republicano aspiran a dar a su nación una fuerza ilimitada: de aquí su malicia que cuenta dos millones y medio de soldados, y su magnífica marina mercante de diez millones de toneladas que puede armarse en guerra en un breve plazo y arrasarse la superficie de los mares. Su proximidad les hace fácil y relativamente poco costosas las expediciones navales y militares, que agotarían la fortuna de la Europa entera el día de una lucha entre los dos continentes para disputarse la victoria de sus principios en el nuevo mundo.

Los americanos del Sur al ver a los Estados Unidos armarse de una fuerza formidable creen que se arman para conquistarlos y anexarlos a la Unión. No es así. Los Estados Unidos se arman para el combate gigan-

tesco que más tarde les aguarda contra las grandes potencias europeas y que decidirá la suerte del mundo; porque la Europa no cederá sino completamente vencida. Y ese combate llegará tarde o temprano el día en que las monarquías, amenazadas ya en su comercio por la vasta producción de los Estados Unidos, se vean en vísperas de perder los millones que arrancan anualmente a sus posesiones en la América para ayudar a los gastos de la opresión de sus súbditos.

Los americanos del Norte consideran a las repúblicas del Sur no como enemigos y menos aún como enemigos temibles; sino como el suelo más rico del universo, cuyas poblaciones deben impedir que caigan en las manos o bajo la tutela de los gobiernos monárquicos del otro lado del Atlántico, a fin de que la democracia y la verdadera libertad las conviertan más tarde en repúblicas ricas, prósperas y fuertes como ellos.

Tal es el modo como yo comprendo el espíritu de este pueblo después de haberlo estudiado con cuanta atención me ha sido posible.

No lo juzguemos por la guerra con México o por los ataques contra Nicaragua. Una vez apoderados de la capital de la primera nación, vencedores sus ejércitos y dueños de la porción más rica del territorio y de los productos de sus aduanas en los dos mares ¿qué les impedía haber permanecido en posesión de todo el país y haberlo anexado por entero? Cualquiera nación europea lo hubiera hecho. Los Estados Unidos se contentaron con adquirir, en compensación por sus gastos de guerra que subían a la enorme suma de US\$ 200 000 000, y que México no habría podido pagarles, una porción de territorio por la cual dieron, además, US\$ 20 000 000 a esta república.

Las expediciones filibusteras son reprobadas en toda la Unión, como indignas del carácter nacional y como contrarias a la propaganda de los principios que los Estados Unidos se han propuesto establecer en todas partes. Una muy pequeña fracción de un partido en los Estados del Sur ha sido la promotora y ejecutora de esos actos de piratería, denunciados con indignación por todo el país. La última invasión de Walker en las costas de Nicaragua fue destruida por un buque de guerra de los Estados Unidos cuando no se había celebrado aún el tratado entre las dos naciones; y el gobierno federal protestó que perseguiría tales expediciones como contrarias a la moral y los intereses de la Unión, en un documento que lleva la firma de su presidente Mr. Buchanan y que se publicó hace como un año.

Los Estados Unidos no necesitan territorio sino preponderancia: para la preponderancia necesitan riqueza; para la riqueza les basta obte-

ner el libre acceso y el ejercicio de su industria en Sudamérica. Nos necesitan como amigos y sólo nos piden que no les cerremos nuestras puertas, que les permitamos navegar nuestros ríos, que no los excluyamos ni les impongamos trabas cuando emprendan el cultivo de algún pedazo de nuestro suelo u otro trabajo cualquiera. ¿Es esto un bien o un mal?

Nosotros casi no tenemos ni producción ni industria. Éste es un hecho evidente. ¿Perdemos algo en que ellos vengan a aumentar la producción y establecer la industria de nuestros países? Si los excluimos nos habremos privado de un elemento de adelanto y entonces podremos contar con el peligro de hacerlos nuestros enemigos; peligro que ahora no existe sino en nuestra imaginación.

Traten los gobiernos sudamericanos de hacerse más liberales, de extender la educación, fomentar las industrias y desenvolver la actividad de sus poblaciones y los Estados Unidos serán, por la fuerza irresistible de la civilización, el aliado natural y el amigo de la América del Sur.

Dios envió a Colón para que descubriese la tierra de promisión del porvenir humano: nosotros poseemos la mayor parte de ella. ¿Por qué habremos de renunciar al sublime legado que acompaña nuestra herencia? Procuremos adquirir las mismas condiciones que han producido la prosperidad del Norte y los resultados serán los mismos: tendremos pueblos libres unidos por el sentimiento público, como sucede allí.

Sus manifestaciones se encuentran a cada paso y en todas partes. No hay hombre grande en la historia de Estados Unidos que no haya legado su nombre a un objeto público: una calle, una plaza, un monumento, una ciudad. Cualquiera que sea el género a que pertenezca; estadista, militar, historiador, poeta, ingeniero, inventor, el tributo de admiración está a la vista por todos lados. No se puede dar un paso ni dirigir la vista a cualquier lado en los Estados Unidos sin tener que recordar forzosamente algún nombre ilustre.